

VOLVER A LOS CAMINOS ANDADOS

GOING BACK TO COVERED GROUND

Paula Cabrera*

Universidad de Buenos Aires

Resumen

El trabajo presenta un análisis de diversas experiencias etnográficas de la autora con el objeto de articular dos nociones hasta ahora excluyentes: sensibilidad y teoría. La reasunción de la experiencia subjetiva del etnógrafo como sensibilidad corporal puesta en juego en las relaciones con los otros, es lo que permite introducir en la propia actitud teórica sus condiciones de posibilidad: el cuerpo-sensibilidad como apertura originaria al mundo de la vida. Así la experiencia de conocimiento del etnógrafo como un estar comprometido con el mundo es, primero, conocimiento no intelectual que sedimenta en el cuerpo productivamente, habilitando un recorrido; y luego, objetivación propia del trabajo reflexivo al que se puede volver metadiscursivamente.

Palabras clave: Antropología. Etnografía. Subjetividad. Sensibilidad teórica.

Abstract

The paper presents an ethnographic analysis of several of the author in order to articulate two hitherto mutually exclusive concepts: sensitivity and theory. The resumption of the subjective experience of the ethnographer as bodily sensitivity throw in relationships with others, is what allowed into the theoretical attitude itself its possibilities: the body-sensitivity and original opening to the world of life. Thus the knowledge of experience as an ethnographer to be engaged with the world is, first, knowledge is not intellectual productively settles in the body, allowing a run, and then self-objectification of reflective work that can be re metadiscourse.

Key words: Anthropology. Ethnography. Subjectivity. Theoretical sensitivity

* Dra. en Antropología. Docente del Departamento de Ciencias Antropológicas (Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires-Argentina). Investigadora del Instituto de Ciencias Antropológicas (Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires). Directora del Equipo de Antropología de la Subjetividad: www.antropologiadelasubjetividad.com

Hacía mucho tiempo que no lo recordaba y un día este trabajo se “hizo presente”. Mientras caminaba, algo que suelo hacer con frecuencia y que me ayuda para “ordenar” mi ser, sucedió que el contenido del texto comenzó a invadirme. Cuando llegué a casa no pude más que abrir la notebook, buscar el archivo en la carpeta “trabajos viejos”, imprimirlo y a las 3 horas ya estaba sentada en mi cama releyendo cada página. No podía creer que casi una década atrás había escrito sobre lo que hoy es mi presente. Me explico. Soy antropóloga formada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Al terminar la licenciatura inmediatamente comencé el doctorado que finalicé luego de un proceso vital y profesional que ameritaría la redacción de otro trabajo. Pasé un año alejada de la profesión porque no encontraba “mi camino con corazón”¹. Al cabo de ese tiempo, una nueva inspiración y motivación comenzaron a moldear ese camino con corazón. Actualmente aún me dedico a la antropología, especialmente a dar clases, que es una de las cosas que más disfruto en la vida. Y también empecé a desarrollar algo que denominé como “Antropología de la subjetividad”, ámbito en el que estoy trabajando desde el año 2009. El trabajo escrito en el 2000 contiene las bases que estuvieron tanto tiempo “olvidadas” o simplemente no conformándose en mis faros, pero que hoy son los centros de la perspectiva que propongo en esto que denomino como antropología de la subjetividad². Y por eso decido “sacarlo a la luz”. Tal vez, como una deuda pendiente conmigo. Tal vez, como una maravillosa instancia de no conocer lo que sucederá ...

¹ Don Juan, durante el proceso de Carlos Castaneda como aprendiz de brujo, le sugiere que en la vida debe buscar su “camino con corazón” (Castaneda, 1992).

² Está pendiente la redacción de un trabajo donde presente la perspectiva que propongo para el estudio de la subjetividad desde la antropología. Por el momento vale aclarar algunos de los aspectos que conforman la propuesta:

- a) el estudio de la subjetividad de quienes son protagonistas de una investigación
- b) la reflexión sobre la propia subjetividad del investigador
- c) alquimias corporales (conceptualización que alude a la dimensión sensible, las emociones, la corporalidad, la experiencia, el *embodiment* -Thomas Csordas- y las *tecnologías del yo* -Michel Foucault-)
- d) el espacio y tiempo de los otros y el propio
- e) las maneras de ser y de hacer
- f) el habitus.

6 de la tarde. Loreena McKennitt suena en la habitación. Una suave fragancia a mar envuelve el ambiente. El sol comienza a ocultarse en el horizonte. La vista de la playa, una postal. El mate, amargo, sabe fuerte. Una pregunta viene a mi cabeza. Fue el día en que realicé la defensa de mi Tesis de Licenciatura cuando mi director, casi al terminar, me preguntó:

“hay algo que te hubiera gustado poner en el trabajo y no lo hiciste?”

Había tantas cosas ... pero en aquel momento ligeramente contesté:

“tal vez algo sobre mis experiencias de campo y mi trabajo con la gente”.

Durante el proceso de realización de mi Tesis de Licenciatura, algunas veces habíamos hablado él y yo sobre las experiencias en y del campo. Pero pocas veces yo mencionaba qué me pasaba a mi. En realidad, hablaba de manera muy vaga. Realmente no podía hacer mucho más en aquel tiempo. Pero aquella pregunta quedó resonando en mi cabeza y hoy, luego de varios meses, puedo comenzar un recorrido por mi. Y eso es lo que a continuación podrá leerse (¿será sólo lectura?). Siguiendo la idea del programa del Seminario, en este trabajo me propongo

“presentar, discutir y recrear algunas de las etapas por las que transitó en mi práctica antropológica, en mi ser etnógrafa, desde mis orígenes hasta la actualidad, rastreando las transformaciones experimentadas durante ese período”.

O siguiendo a Carvalho, a quien leí tempranamente en mi carrera pero a quien “descubrí” un tiempo después, procuraré

“una revisión o examen de la propia actitud inicial que consiste en volver a verse en el sentido completo, personal, biográfico y hasta espiritual, en ese proceso de revisar las categorías analíticas usadas por el antropólogo para interpretar una sociedad bajo investigación” (Carvalho, 1993: 76).

Ese “*volver a verse*” es mi propuesta para el viaje que propongo iniciar, con el deseo de que volver a los caminos transitados posibilite momentos de reflexión³. Tal vez algunas cosas salgan de manera desordenada, otras hasta parezcan incoherentes, pero todas tendrán la virtud de permitirme comprender un poco más mi presente existencial y vivencial.

Carvalho dice,

“ser antropólogo es más una forma de ser humano. La antropología ofrece una alternativa de vida, que es el modo antropológico de vivir, lo cual exige varias cosas: una abertura hacia los demás, la capacidad de relativización, el cosmopolitismo elaborado, la inmersión de cuerpo y alma en una comunidad distinta ... O sea, a estas alturas de la historia de la humanidad, ser antropólogo es una forma de ser humano” (Carvalho, 1993: 85-86).

Creo que el ser antropólogo está estrechamente constituido por el ser persona en y del mundo. Recorreré entonces algunas dimensiones de mi existencia en las que, como ser-del-mundo, y por tanto como antropóloga, realicé diferentes experiencias etnográficas. En esta misma dirección Signorelli señala que,

“hay una continuidad y discontinuidad en el ejercicio de la profesión de antropólogo... el antropólogo ¿cuándo desempeña el papel de antropólogo y cuándo no? La profesión no es una chaqueta que se pone y se quita, es un comportamiento por consiguiente la identidad profesional y la identidad personal tienen a juntarse, coinciden” (Signorelli, 1996: 28).

Más elementos pues para considerar en este “*volver a verse*”. Chaquetas nuevas, otras viejas y por qué no algunas entrañables, son las que trataré de llevar en la valija para este viaje.

Cuando terminé mi Tesis de Licenciatura yo creí que había cerrado mi trabajo y también una etapa en mí. Pero luego descubrí que más que cerrar comenzaron las aperturas. Muchas de ellas se sucedieron en diferentes dimensiones de mi vida. Un encuentro con distintos “seres” ha contribuido a estas aperturas. Varios fueron muy buenos luceros para los nuevos

³ Hoy -2010- diría de “insight etnográficos, existenciales y experienciales”.

caminos. Para no faltar a ninguno de ellos, transcribiré las charlas o situaciones en que esto ocurrió, ya que creo que su riqueza no puede ser reducida a breves comentarios realizados por mí. Por eso aparecerán los diálogos que mantuve con los que he tenido la ocasión de compartir algo en la vida. Con aquellos a quienes sólo he podido aproximarme a través de sus trabajos, procuraré obrar con el mismo espíritu.

Maurice es quien mejor puede representar una parte de todo este viaje. A él lo conocí hace unos meses, pero realmente ha acompañado este viaje de una manera maravillosa. Fue extraña la forma en que lo conocí. Ahora que lo pienso, no podía ser de otra manera. Porque en realidad todo fue muy extraño. Pero no es aquí donde contaré aquel primer encuentro. Sí en cambio una charla que mantuve con Maurice y que contribuyó al inicio de las posteriores aperturas que ocurrieron en mí. Maurice me había escuchado hablar sobre mi sensación de haber terminado mi tesis y haber creído que realmente terminaba algo. Por aquellos meses estaba con tantas ganas de adquirir el ‘status profesional’ que pensé poder graduarme en vaya a saber qué. Lo cierto es que luego de algunas semanas de finalizar, inquietudes, dudas e incertidumbres comenzaron a llenar mi cabeza. Y entonces me alejé, como tantas otras veces. No podía estar con todas esas sensaciones cuando tiempo atrás había creído que las cosas que me sucedían durante la realización de la Tesis pasarían cuando la terminara. Pero no fue así. Y lo que aquella tarde me dijo Maurice, me permitió comenzar a repensar el pasado de otra manera y concebir el presente y futuro desde otra perspectiva. Respecto a mi trabajo y mis experiencias etnográficas, él dijo,

“siempre hay una cierta manera de acceder al objeto ... Es con mis campos sensoriales, mi campo perceptivo, un montaje universal frente al mundo que me acerco y comprendo una cosa ... El mundo es inseparable de los puntos de vista sobre él ... El mundo, no es un objeto, es el campo de nuestra experiencia ... El interior y el exterior son inseparables ... El sujeto que yo soy, tomado concretamente, es inseparable de este cuerpo y de este mundo ... Nacer es a la vez nacer del mundo y nacer al mundo. El mundo está ya constituido pero nunca completamente constituido. Bajo la primera relación, somos solicitados; bajo la segunda estamos abiertos a una infinidad de posibles” (Merleau-Ponty, 1993).

Estamos abiertos a una infinidad de posibles ... estamos abiertos a una infinidad de posibles. Y cuántos posibles he descubierto ... Y cuántos campos sensoriales y perceptivos se han manifestado en mi ... Y cuántos puntos de vista se han modificado ... Y cuántas experiencias que comunican y relacionan lo interior con lo exterior sucedieron en los últimos tiempos. Y ...

En alguna oportunidad le escuché decir a un antropólogo que podía considerarse y analizarse la etnografía dentro de la disciplina, desde una dimensión espacio-temporal de manera vertical y horizontal para ver cómo se ha conformado y cómo aún hoy ella existe, e intentar ese mismo recorrido en el sujeto-etnógrafo. Esta idea es la que centralmente nutre lo que presento a continuación.

TIEMPOS MÍTICOS. TEXTOS

Probablemente mis primeras experiencias de campo coincidan con las iniciales etapas de la antropología, donde aquellos "*tiempos míticos*" se convierten en su mejor referente y exponente. Pero esas mismas experiencias también tuvieron que ver con sensaciones, percepciones y emociones. Así es que, aunque yo no pudiera hablar de ellas, estaban, existían y se produjo una interacción entre:

- la *tecnología del ser* de la disciplina académica más tradicional, aquella en la que de lo que se trataba era de la constitución de una metodología etnográfica, de viajes hacia sitios lejanos, solitarios, con énfasis en la observación participante y en captar el punto de vista del nativo así como otros instrumentos metodológicos que contribuyeron a la práctica etnográfica, y
- el *ser-del-mundo*: noción que, como dice Maurice, evoca pertenencia ontológica al mundo a la par que la existencia en él.

Veamos cómo fue sucediendo y ocurriendo esta interacción. Destaco que por mucho tiempo sólo pude aproximarme y hablar de la primera dimensión que compone esta interacción. El ser-del-mundo es algo de reciente descubrimiento.

Hace poco me reencontré con Paul Stoller, un viejo compañero que hacía ya 4 años no veía. El había estado viajando y revisando su práctica como etnógrafo. Entre anécdotas de estudiantes y entrañables recuerdos de los tiempos de cursada, me dijo lo que había aprendido durante la carrera y luego cuando empezó a desarrollarse como etnógrafo,

“en el trabajo de campo se aprende a conseguir ‘datos’ de los informantes. Uno recolecta esos datos, los trae a casa y luego con distancia objetiva, los analiza ... Por lo general el análisis se centra en un problema intelectual como el cambio sociocultural, el parentesco ... Esta premisa epistemológica implica que uno puede separar pensamiento de sentimiento y acción” (Stoller, 1989:4).

Esto guió mis primeras experiencias pero al igual que Stoller, con el tiempo también descubrí, como él me dijo luego,

“... pero no se pueden separar pensamiento de sentimiento y acción” (Stoller, 1989).

Al principio en realidad ni consideraba todo esto. Ni pensaba en algo parecido a la unidad del ser y la mutua interacción entre uno y su entorno. Como siempre, la diversa e impredecible realidad enseña y descubre, está llena de mensajes que puedes o no captar, registrar y hasta aprehender aunque no siempre estás en condiciones de recibirlos. No siempre ... pero en algún momento, tal vez, simplemente sucede ...

Año 1993. Me encontraba en el Hospital Garrahan junto a tres compañeros de la facultad. Habíamos ido a entrevistar a un grupo de enfermeras y personal técnico que realiza las operaciones en el hospital. Allí queríamos ver *“cuál es la relación entre el sector médico y paramédico en la sala de operaciones”*. Todos llevábamos nuestro grabador. Primera vez que intentábamos hacer cualquier cosa semejante al trabajo de etnógrafo. Nos dividimos para charlar con la gente. Las dos mujeres fuimos a hablar con las enfermeras y los dos compañeros con el personal técnico. Eran ‘las entrevistas’ las que nos darían las respuestas que ignorábamos y queríamos dilucidar en el trabajo. Lo que ignorábamos era mucho más que algunas preguntas. Con mi compañera prendimos el grabador y sobre la marcha fuimos haciendo un breve cuestionario. En aquella situación no consideramos el contexto, quienes estaban presentes, si podía o no haber problemas entre las enfermeras, si podían hablar

tranquilamente en esa sala, sus expresiones, sus gestos, nada. Como si el hecho de que hubiera un grabador registrando las respuestas verbales fuese suficiente para el ‘trabajo de campo’. Un trabajo de campo cuya premisa básica era ir, estar, observar, participar y como consecuencia de todo esto, obtener los datos para realizar luego un informe o monografía sobre el tema y grupo elegido.

Escribo esto y descubro cuánta ingenuidad práctica tenía. Realmente, como si una etnografía fuera sólo herramientas metodológicas por aprender y poner en práctica, cuando en realidad hay tanto más ... pero ya llegaré a eso. Primero quisiera continuar recorriendo mis “*tiempos míticos*” que en verdad no son sólo una cuestión del pasado sino que aún muchas de esas cosas están bien presentes. Si no fuera así, yo no sería quien soy actualmente.

Gran parte de lo mencionado en aquella primera experiencia, fui deconstruyéndolo con el tiempo, con lo aprendido en diferentes materias mientras realizaba la carrera, otras experiencias etnográficas, las infinitas instancias de aprendizaje compartidas con distintos “seres” y la vida, cómo no. Pero lo que quería referir era lo siguiente. En un momento, luego de la entrevistas, uno de los médicos nos preguntó si queríamos participar en una operación. Yo ni lo dudé. Le dije a mi compañera “*vamos*”. Esa fue una constante en mi forma de hacer etnografía desde mis primeros pasos. Desde aquella vez hasta hoy sin pensarlo siempre traté de estar, de presenciar y participar, siempre opté por meterme con mi cuerpo y mi ser aunque muchas veces se produjese una escisión en mi interior. Mi ser en su totalidad no siempre estuvo en el mismo lugar. Lo que ha sido diferente entonces a lo largo de los años fue precisamente la manera en que estuve, presencié, participé y me involucré. Descubro que esto está estrechamente relacionado con mi ser-del-mundo en cada tiempo y espacio en que sucedió. Profesionalmente era un tiempo de primerísimos pasos en la etnografía. Momento de inicio de los aprendizajes que aún continúan. En cuestiones más íntimas, también era un tiempo de muchas esquematizaciones, creer que podía vivir separando mis dimensiones existenciales, que podía ordenarlas, contenerlas y hacerlas funcionar como en una especie de esquema donde se intenta mover las piezas para adquirir determinadas formas. Tiempos de imitación, de creer que hay una cierta cantidad y tipo de preguntas con sus correspondientes respuestas ya pautadas, a la manera de un crucigrama. Creo que esa es una buena imagen para referir un poco aquellos tiempos. Crucigrama en tanto esquema, determinado, fijo, con relaciones establecidas hacia tal o cual

lado, arriba o abajo pero no mucho más. Podría seguir pero prefiero volver al relato de aquella primera experiencia.

A los pocos minutos me encontraba en un vestuario cambiándome de ropa para entrar en la sala de operaciones. Allí, no me alcanzaban los ojos para mirar todo. Mis compañeros y yo nos mirábamos y mirábamos a las enfermeras, los doctores, los técnicos, qué hacían y luego nos volvíamos a mirar, sin saber nosotros qué hacer. Recuerdo que estaba tan entusiasmada ... Al rato entraron en un camilla a un bebé que iba a ser operado. Al verlo entubado y anestesiado, mi respiración comenzó a acelerarse, mi piel adquirió el aspecto de “*piel de gallina*” y me quedé dura. Traté de seguir ‘observando’ el resto pero mi mente y mi ser ya habían sido conmocionados y me fui. Nadie durante la cursada de materias en la carrera me había hablado sobre estas experiencias emocionales que suceden en un trabajo de campo. Sólo había leído y escuchado sobre los aspectos formales y metodológicos pero nada que arrimara a las sensaciones y sentimientos del etnógrafo en su práctica.

No volví a experimentar algo así hasta un año después en que realizaba un trabajo de campo con un grupo evangélico en el barrio de San Cristóbal, “Jesús es mi salvador”. Esta vez el trabajo no duró un par de semanas sino unos 5 o 6 meses. Iba al cine, charlaba con uno, con otro, algunas entrevistas, y mucho estar y participar de las reuniones, algunas de una hora y otras de tres. Era el típico trabajo de campo característico de la antropología de las primeras décadas, siguiendo a Malinowski, Evans-Pritchard, Boas, Lévi-Strauss, Marcel Griaule, aunque en mi caso no era en un lugar lejano y exótico sino en la ciudad. Estos autores permitían armar una especie de manual. Como dice Devereux (1998), en un trabajo se produce y genera ansiedad, ansiedad que también está en el método y muchas veces una buena metodología parece ser lo más efectivo contra y para reducir la ansiedad. Realmente muchas cosas no pasan por allí pero ayudan. Algunos aspectos metodológicos se referían a, tal como lo explican Malinowski y Boas, estar mucho tiempo con los ‘informantes’, ver lo que dicen y lo que hacen. Y eso trataba de hacer. Ir a una asamblea, a otra, a otra y otra y otra. Diferentes días, horarios, meses. Hablar con los pastores, los colaboradores, los músicos, los fieles. Según Boas (1966) es importante ‘recolectar material’ en la lengua nativa, lo cual no era un problema para mí porque en los primeros trabajos que hice la gente hablaba castellano. Lo que sí descubrí con el tiempo fue que hablar la misma lengua no implica hablar de lo mismo en el mismo sentido, ya que los tonos y otras tantas cosas pueden determinar y configurar diferentes sentidos. Y es eso precisamente lo que muchas

veces queremos conocer, los ‘sentidos’ de ‘la gente’. Por eso el lenguaje y la comunicación verbal, corporal y práctica es un elemento central y determinante en una etnografía. Aspectos que fui descubriendo con el tiempo y la praxis. Al principio parecía que lo único interesante para ‘rescatar’ como ‘datos’ era lo que la gente decía de manera oral. Hoy he aprendido que lo verbal es sólo una parte o forma en la que se puede comunicar.

Continuando con las recetas, para mi fue un problema eso de “*captar la percepción del otro*”. Malinowski (1922) decía que no era necesario ser un nativo para conocer a los nativos. Dicho así resulta hasta obvio pero ... ¿cómo conocemos a los ‘otros’? Yo no entendía demasiado todo esto. En realidad entendía mucho más otros aspectos metodológicos, como cuando Boas explicaba la importancia de chequear la información que se recoge usando múltiples fuentes, esto es, hacer la misma pregunta a diferentes informantes y a la vez al mismo informante pero un tiempo después para ver cuál es su respuesta; o la importancia del trabajo de campo en diferentes épocas del año porque lo que se ve es diferente; y cosas por el estilo. Pero ... ¿captar la percepción del otro? Hum ... realmente no sabía qué era eso. Creí que llevar a cabo las recetas me abriría la puerta que me permitiera acceder a captar la percepción del otro, si bien nunca estuve demasiado segura de haber podido entrar en tal puerta y hoy ni siquiera tengo la certeza de que exista una.

Volviendo al grupo evangélico, una tarde mientras se realizaba la asamblea, estaba sentada en la butaca cuando comienzan a efectuar las “*liberaciones*”. Esto es que algunas personas pasan al frente para que el pastor les saque el demonio que llevan dentro y que es el que les causa una dolencia física o interior, por ejemplo un dolor de estómago o una depresión. Una mujer se dirige al escenario, el pastor le pone la mano en la cabeza y comienza a gritar: “*fuera espíritu del mal ... en nombre del Señor te ordeno que dejes a esta mujer... libérala Señor*”. La mujer también comienza a gritar y a los pocos minutos cae desmayada al piso. Se desplomó. Yo que había estado ‘observando’ toda la situación me levanté de la butaca para acercarme y ver. No lo podía creer. “*Es todo mentira*” pensaba. Preguntaba a la gente a mi alrededor si era verdad que se había desmayado. Respondían que sí, que se le había ido el espíritu. Yo lo que creí es que todos se habían ido ... no sé ... lejos. Y yo tratando de ver si era verdad o no, si se trataba de un manejo psicológico del grupo, de una manipulación o sugestión colectiva.

Hacia este trabajo para conocer a los grupos evangélicos, muy en boga por aquellos años, pero después descubrí que en realidad yo quería determinar si era verdad o no lo que pasaba en las reuniones y lo que la gente decía. Si realmente se curaban de una enfermedad, si eran “*liberados*”, si podían levantarse de una silla de ruedas. Yo ponía todo entre paréntesis y creo que el lugar en el que estaba no era el de conocer. Un día comprendí que no era ese mi trabajo y me di cuenta de lo que estaba haciendo. Leía un texto de Lévi-Strauss donde refería una situación parecida y explicaba que la tarea del antropólogo no es precisamente la de determinar la veracidad o falsedad de los hechos sino tratar de comprender por qué la gente cree en lo que cree y cómo cree. Peculiar de la antropología pero no sencillo de realizar. A partir de ahí, experimenté una sacudida interior. Estos movimientos permiten desordenar las cosas, que algunas caigan, descubrir las que están ocultas y que luego nada quede exactamente igual. Se producen entonces explosiones, crisis, caos y cambios. Períodos ricos aunque a veces difíciles de atravesar. Interesantes por lo que viene después. Así en realidad me pasa en la vida y cómo no en mi práctica etnográfica. Y allí de a poco comenzó a surgir esto de intentar “*reexaminar las categorías nativas del antropólogo*”, aquello que comenzó a ser una nota distintiva dentro de la disciplina desde hace aproximadamente unas 3 décadas. Cuestiones referidas a cómo el antropólogo entra al campo, por qué se elige un determinado lugar, un tema, en suma, todo lo existencial y personal que había sido dejado de lado las décadas anteriores. Surge el tan mentado género confesional. Ya he ido señalando algunas de estas cuestiones. Veamos otras.

Comencé sin darme cuenta a considerarme en mi trabajo, en lo que hacía, en mis sentidos, motivaciones, trataba de reflexionar sobre mis elecciones temáticas. Y esto es algo de lo que fui descubriendo. Creo que una de las cuestiones internas que me orientaron a elegir estudiar antropología, fue el de alguna manera creer o intuir que había otros mundos y realidades que yo no conocía y que precisamente lo que conocía no era todo sino una pequeñísima parte. También intuía la posibilidad de otras dimensiones de la existencia, del mundo, de los seres. Dimensiones que se encontraban ahí para ser descubiertas. La posibilidad de “*parar mi mundo*”, como dice Carlos, un entrañable amigo, ponerlo un poco entre paréntesis, correrlo del lugar total y absoluto contribuyó de manera inconsciente en mi elección. Lo poco que había leído sobre lo que es la antropología parecía ir en esta dirección. Es un poco largo y confuso para explicar, pero hoy descubro que todos mis campos existenciales confluyeron en esa elección y no otra. Por eso mi inquietud interna

por determinar si era verdad lo que ocurría en las asambleas evangélicas. Por eso mi férrea actitud de poner todo entre paréntesis ya que los sentimientos y creencia referida a lo que intuía todavía estaban muy abajo. A comienzos de siglo Max Weber decía que la realidad es infinita, y por ello es necesario para el científico social algún tipo de selección de problemas de interés. Según el autor alemán, el individuo se debe preguntar por los criterios de valor que determinan lo que se quiere conocer, lo sepa o no conscientemente. Y eso es un poco lo que intento hacer desde entonces. Tratar de ‘ver’ qué es lo que hay tras lo más aparente. Alguna vez leí algo así como que todo sujeto es protagonista de una historia de la cual en gran parte es inconsciente, de manera que todo acto está sobredeterminado desde un lugar otro del pensamiento consciente, por lo que una elección resulta siempre de un juego complejo en la que se implican una situación existencial con un plano de contingencias en donde lo azaroso juega un papel de articulador impredecible.

Carlos, amigo con incontables anécdotas como aprendiz de un brujo, desde su propia experiencia solía explicarme lo que don Juan –el brujo- le mostraba,

“hay como una certeza de que la perspectiva del sentido común que tenemos del mundo es definitiva... don Juan me mostró que mi perspectiva del mundo no puede ser definitiva porque sólo es una interpretación ... Las cosas no cambian sino que uno cambia la forma de verlas, es todo” (Castaneda, 1994).

Eso es, nada más y nada menos. La maravillosa transformación de nuestra mirada y existencia.

EXPERIENCIAS. SUJETOS-CUERPOS

Un día ocurrió algo realmente interesante en el templo evangélico. No recuerdo por qué estábamos con los fieles en círculo tomados de las manos con los ojos cerrados y rezando. Yo estaba en esa situación porque seguía la premisa del trabajo de campo de hacer lo que hacen los actores. De pronto el que estaba a mi derecha grita “*aleluya, aleluya*” y comienza a temblar. Mi brazo derecho poco a poco también comenzó a temblar. Otros miembros del círculo se sumaron gritando “*¡sí Señor, aleluya*”, “*gloria*”, “*gloria al Señor*” y cosas por el estilo. En unos minutos todos estaban sacudiéndose. “*Éxtasis colectivo*” pensé. Para ese entonces,

yo con mis ojos cerrados era toda un temblequeo, un flan, tanto por el temblor que provenía de mi brazo derecho como del izquierdo. El pastor gritando por el micrófono, un grupo de música tocando y los asistentes en el círculo orando y gritando en voz alta, moviéndose, sacudiéndose. Comenzaron a surgir extrañas sensaciones en mi. Estaba dejando de pensar y registrar lo que sucedía. Me sentía liviana ... Abrí mis ojos, me solté y salí del círculo. Me fui. Dice Carvalho,

“hay sentimientos de resistencia y hasta de temor de aceptar la posibilidad del encuentro etnográfico con lo extraordinario” (Carvalho, 1993: 82).

Claro, cómo no iba a haber resistencia. Un mundo de sensaciones nuevas surgían sin que yo pudiera comprenderlas, razonarlas ni explicarlas. Como me contó Carlos que le ocurrió a él, luego de vivir también una experiencia nueva y que no encajaba dentro de su universo conocido,

“Don Juan me dijo que mi problema era que quería entenderlo todo y eso no era posible. Que si insistía en entender no estaba tomando en cuenta todo lo que me correspondía como ser humano ... Don Juan me repetía: estas encadenado! estas encadenado a tu razón... no hay nada que entender... El entendimiento es sólo un asunto pequeñísimo” (Castaneda, 1992: 296-299).

Y es cierto, el entendimiento es sólo una cuestión entre otras. Pocas veces hablé de estas experiencias, pero ocurrieron y yo me fui. Me fui tratando de huir de lo que sentía.

Creo que la posibilidad de la existencia de dimensiones extraempíricas de la realidad, como dice Carvalho, siempre estuvo en mi interior formando parte de mi ser-en-el-mundo, pero hasta hace un tiempo esa dimensión guiaba mi vida desde las profundidades, desde el lugar que podían, tras muchas racionalizaciones, sistematizaciones y estructuraciones de mi ser más temeroso. Este ser era el que necesitaba comprobar que realmente a la gente no se le iba ningún espíritu porque de hecho no lo tenía, ni se levantaba de una silla. Pero eso estaba y cómo pudo fue aflorando e influyendo. Esas cosas que resonaban en mi interior, que me condujeron en parte a estudiar esta carrera y con el tiempo, mi predilección por

considerar determinadas cuestiones y grupos sociales también estuvo signada por ellas. Yo creo que ‘la religión’ aparecía para mi como la esfera por excelencia donde lo humano extraordinario y el plano suprasensible de la realidad, son protagonistas. Creo que tal vez recién ahora puedo descubrir todo esto. Carvalho habla sobre la inteligencia del alma,

“ese despertar a formas de entendimiento más sutiles y amplias que el entramado entendimiento racional” (Carvalho, 1993: 81).

Esa inteligencia que hoy no se encuentra en las profundidades aunque aún no está totalmente en la superficie de mi piel. Tal vez todavía es tan inquietante para mi la existencia de otros posibles de los que conozco, que a veces las experiencias vividas me llevan a alejarme. Tal vez ya no salir corriendo pero poner como una distancia interior entre lo vivido y sentido y la expresión de ello. Una especie de frontera física e interna. Veamos.

Para la realización de mi Tesis de Licenciatura elegí trabajar con miembros de la Renovación Carismática Católica, grupo perteneciente a la Iglesia Católica, surgido en las últimas cuatro décadas. A fines de los 80 y principios de los 90, eran conocidos por realizar misas semejantes a las asambleas evangélicas, con “*curas sanadores*”, fieles orando en voz alta, bailando, aplaudiendo, abrazándose, con un gran despliegue de movimientos y manifestaciones de emociones, sentimientos, “*dones*”, “*milagros*”. En fin, todo bastante novedoso dentro de la Iglesia Católica más tradicional. Pero allí estaba la Renovación Carismática Católica. Y esas cuestiones novedosas dentro de una institución histórica de nuestro país, que ha estructurado y conformado partes de los modos de ser de los argentinos, era algo que realmente me intrigaba. Y es la capacidad de asombro e intriga, como se dice, la que nos incita a investigar. Especialmente cuando también la religión católica había, por tradición familiar, influenciado mi ser-en-el-mundo. Según el recuerdo y las experiencias que tenía de pequeña, lo que sucedía en ese momento con la Renovación dentro de la Iglesia para mi era novedoso.

Yo que ya contaba con otras experiencias etnográficas, trataba de estar ‘más abierta’ en el campo. Es como un entrenamiento, al principio una está como almidonada tanto en los sentidos y percepciones como mentalmente. Con la práctica a veces una misma comienza a ser más maleable. Como cuando se hace una pieza en alfarería. Lo primero que se necesita

es elegir una masa, que puede estar compuesta de una gran variedad de cosas, no sólo arcilla. A mi me gusta mucho mezclar la arcilla con otros elementos, para que la masa y luego la pieza pueda ponerlos de manifiesto, los descubra. Entonces se pueden agregar piedras, arena volcánica, metales en polvo y otros elementos a elección. Una vez que se eligen los elementos que van a constituir la masa, hay que mezclarlos. Para eso se comienza a juntarlos y amasarlos. La masa al principio está rígida porque está a temperatura ambiente pero al tomar contacto con el calor y movimiento de las manos va ablandándose y dejándose moldear. Las manos también requieren de un tiempo para entrar en contacto e interactuar con la masa. No sólo eso, necesitan a su vez de un tiempo para adaptarse a trabajar con ese tipo de masa, puesto que al contener piedras, arena y demás, se hace muy áspera y al principio suele lastimar las manos. Una vez que la masa y las manos se comunican, entrando en armonía, se pueden hacer infinidad de formas. Y lo que surge puede ser sorprendente. Las primeras experiencias de elegir materiales para la masa, el propio amasado y luego el trabajo en el torno, requiere mucha práctica y entrenamiento. Práctica y entrenamiento de hacer, probar, tocar, experimentar. Porque durante el proceso de construcción, lo que se siente y ve no es lo mismo que al quedar terminada la pieza. Por ejemplo, si se desea pintarla, el color que se le pase será diferente que el que adquirirá luego de pasar por el horno. Hay mucho de imaginación en esto, porque no todo termina como se ve en los diferentes pasos. Volviendo a la masa, recién cuando está lista se puede comenzar a trabajarla en el torno. Estar lista es haber adquirido una cierta maleabilidad, que sus elementos estén bien integrados y tenga una forma bastante circular para comenzar a ser trabajada precisamente en el torno. Una vez allí, lo primero que hay que hacer es tratar de centrar la masa. Es difícil explicar en qué consiste este proceso porque requiere básicamente de una sensación, un sentir que la masa entera fue alineándose en ese continuo girar con el eje del torno. A mi me ayuda mucho cerrar mis ojos, que el torno gire y que suavemente mis manos sientan la masa y la acompañen en ese lento proceso de centrarse que ella misma emprende por sí para armonizarse con el torno. Cuando eso ocurre, puede sentirse que el torno, la masa y las manos son una unidad conectada y allí se puede comenzar a desplegar la realización de la forma que se desea adquiera la pieza. La creación de una pieza es todo un tema que requeriría de otro trabajo. Lo que es interesante para destacar es que en todo este proceso es central la sensación y el contacto elemento-cuerpo.

Así como en alfarería, eso mismo es lo que nos sucede con las dimensiones que conforman nuestra existencia. Pueden interactuar, contactarse y entrar en armonía o no. Pero es gracias

a esa confluencia y relación que ‘somos’ y ‘estamos’. Y esos elementos que nos conforman también requieren de conocerse, recorrerse, conectarse, mezclarse, ir probando. Este trabajo de reconocerse y considerarse es una empresa importante y requiere aprender a trabajar conjuntamente con las dimensiones que nos componen. Lo que surja puede ser sorprendente, como la pieza de alfarería.

Volviendo a los carismáticos, con ellos viví muchas experiencias que me conmocionaron, pero no salí corriendo, sino que me quedé aunque por bastante tiempo no pude hablar de ellas. Como dice Carvalho, a quien insisto en transcribir lo que dice porque creo que lo expresa claramente,

“hay que ir al fondo de las experiencias enigmáticas, desafiantes de la razón objetiva, enfrentar en cuerpo y alma la doble dimensión de lo empírico y lo metafísico, hacer del shock emocional una fuente real y no anecdótica de conocimiento ... La antropología tiene una doble cara, es una rama de las ciencias sociales y una actividad humanística ... Hay un lado subjetivo, metafísico, emocional, enigmático, suprasensible, sobrenatural de la disciplina ... El viaje que realiza el antropólogo es externo (geográfico) e interno (ser)” (Carvalho, 1993).

Y fue tan así en mi caso ... Al principio muy almidonada y tensa participaba de todo. Con el tiempo comencé a relajarme. Ahora procuro que mis experiencias sean fuente de conocimiento aunque esto es un intento reciente que el tiempo irá develando qué y cómo será esa fuente en mi caso.

Es muy común entre los carismáticos realizar “*imposición de manos*”, esto es, que un individuo pone sus manos sobre los hombros o cabeza de otro, ora y pide por él, lo bendice, transmite afecto y demás. Una noche en un grupo de oración, con las luces apagadas, un grupo de música que acompañaba con cantos lentos para estar de acorde al clima que se estaba generando en el lugar, gran parte de los participantes orando en lenguas, algunos con experiencias de “*descanso en el espíritu*”, bueno en medio de todo eso, yo que estaba sentada con mis ojos cerrados siento que alguien pone sus manos primero sobre mis hombros y al rato sobre mi cabeza. Una sensación de liviandad comenzó a correr por mi cuerpo, parecía

haber poco espacio para pensar. Un estado de gran tranquilidad interior muy agradable ocupó mi ser. Mi cuerpo estaba flojo, muy flojo. Realmente no sé cuánto tiempo duró eso, sí sé que creí que la persona siguió por bastante tiempo con sus manos sobre mí pero no fue así. Tal vez sólo estuvo unos pocos minutos, pero yo seguí sintiendo una especie de calor y peso sobre mis hombros. Poco a poco la música comenzó a hacerse más movida, la gente empezó a aplaudir y yo que estaba muy relajada en la silla, totalmente descansada, floja, me costaba reincorporarme. Me sentí realmente bien. Al abrir mis ojos fue que descubrí que no había nadie detrás mío. Después de un tiempo pude considerar cómo esos sentimientos y sensaciones que yo experimenté aquel día, pueden ser semejantes a los de fieles que suelen pasar por las mismas experiencias. Cuando yo les preguntaba “*pero que sentís durante la imposición de manos*”, algo había vivido de lo que me hablaban en sus respuestas. Yo ya había experimentado el llegar con un estado de ánimo y que el mismo se transforme durante el momento de la oración por ejemplo. Es como que la comprensión y percepción del hecho es diferente cuando una experimenta la situación. Pero experimentar implica meterse, entregarse a, estar en, y eso muchas veces cuesta. Hoy tal vez menos que antes. Pero hay sensaciones tan nuevas ... A veces la entrega y participación es mayor, otras con reticencias y todo esto hace a la etnografía.

Con los carismáticos he vivido varias experiencias como estas. Hubo veces en que un grupo entero de oración (entre 20 y 30 personas) se ubicó en círculo alrededor mío y oraron para pedir la guía y ayuda de Dios en mi estudio. Y lo que se siente es maravilloso. Son veinte y pico de seres transmitiéndote algo, te tocan, te abrazan ... Es muy reconfortante. También hubo ocasiones en que lo que sentí me asustó y me puse distante tanto interna como externamente y comencé con “mis protecciones”. Algo que aún no me he animado a hacer es dejarme conducir para orar en lenguas. Aún también me cuesta hablar de la gran cantidad de experiencias que he vivido con ellos a lo largo de los meses en que efectué mi trabajo de campo, cómo fueron mis primeros encuentros y estar con ellos, cómo fue cambiando mi presencia y al finalizar esa primera etapa del trabajo de campo, qué sentía y hacía yo con ellos. Por ejemplo, al principio me costaba cantar, aplaudir. Ahora no sólo he aprendido los cantos, sino que bailo, aplaudo, me abrazo con la gente, grito como ellos, rezo sus oraciones y todo eso ya no me asusta ni preocupa como antes. Esto es algo pendiente para que se constituya en fuente de conocimiento.

Turner (1992) en un trabajo realmente interesante se refiere a que los deseos y emociones de la gente con las cuales el antropólogo estudia un tema, no aparecen cuando se hace la construcción de las teorías. Señala que si la antropología quiere llegar a ser una ciencia de la acción humana debe tomar en cuenta las motivaciones y tratar de captar la dimensión afectiva. Claro, tanto de la gente como la propia. Pero a veces resulta difícil, como que cuesta considerar en las etnografías las esferas más sentimentales y espirituales del proceso del trabajo, de los otros y de nosotros. Creo que el tipo de formación académica que prima no cuenta con un lugar central para estas cuestiones. Como si todos los siglos anteriores que estructuraron una forma de hacer ciencia, de conocer, investigar y escribir, aún tuvieran un lugar hegemónico para los aspectos más ‘objetivos’ y no tanto para las cuestiones más ‘sensibles’. No es que no haya otras reflexiones que apunten en esta dirección. Pero creo que aún ocupan un lugar marginal. Y en el intento por considerar el sujeto-etnógrafo desde una perspectiva horizontal y vertical, que guía estas líneas, creo que la forma más tradicional, acartonada, estructurada, ocupa un gran espacio (varios cuerpos) y por ello necesitamos emprender un importante trabajo de deconstrucción, reflexión, análisis, de nosotros como seres-en-el-mundo y de nuestra práctica. Empresa que aún es bastante iniciática en mi caso.

Paul Stoller una tarde me decía,

“Dentro de la universidad se crece intelectualmente pero queda menos espacio para la dimensión de los sentidos/percepción ... Los antropólogos deben abrir sus sentidos a los mundos de los otros ... Gusto y olfato son elementos de experiencia carnal generalmente ignorados en el discurso etnográfico ... Hay que escribir etnografías que describan los aspectos sensuales/carnales del campo ... Es necesario un retorno a los sentidos ... ¿Cómo podemos conocer si no podemos ver, tocar y oler el fenómeno? ¿Cómo podemos conocer si no podemos experimentar lo que observamos?” (Stoller, 1989:7-9).

¿Cómo podemos? Cuán cierto pero difícil a la vez que resulta esto. Como decía antes en base a lo expuesto por Carvalho, a mi aún me cuesta mucho hacer de mis propias experiencias de campo una fuente de conocimiento no sólo personal sino que contribuya a mi etnografía y pueda ser reintroducida en la escritura y discurso antropológico. El tan

mentado sujeto-etnógrafo como herramienta de trabajo y conocimiento para mí todavía es un camino sobre el que avanzar.

Por ejemplo, esta cuestión que me decía Paul sobre los sentidos también requiere de un proceso de desnaturalización y entrenamiento. A qué me refiero. En el año 1995 decidí ir a Formosa para hacer trabajo de campo con grupos indígenas. Más adelante me extenderé sobre los motivos que me condujeron a esto. Lo que quería señalar era lo siguiente. Cuando estuve con los Pilagá, mis sentidos (gusto, olfato, oído) estaban en constante funcionamiento porque todo era nuevo para mí. Los olores, el paisaje, el ambiente, la comida. Entonces, todo podía sentirlo porque no era lo conocido y resultaba bastante llamativo. En realidad no es que podía sentirlo sino que era consciente de lo que sentía. Pero es cierto que estas cuestiones no aparecían luego en el trabajo escrito y ¿por qué no? Aún estaba bastante “cercada” y realmente no había descubierto muchas de las cuestiones que refiero en estas líneas. Según Foucault, cada episteme, en tanto concepción del mundo o paradigma, define lo que es pensable y lo que no. Y no entraba en mi horizonte cognitivo, la existencia de mis sentidos y experiencias como actuantes e influyentes en la etnografía así como tampoco luego en lo escrito.

En mis experiencias etnográficas en Buenos Aires, hasta hace poco tiempo, el olfato, oído y gusto casi no tenían espacio. No sé, varias cosas no eran nuevas para mí. Los sujetos con quienes trabajo actualmente y yo vivimos en el mismo espacio geográfico, el mismo grupo social, somos miembros de la llamada moderna sociedad occidental, participamos de la misma socialización. Más adelante volveré sobre esto. Pero un comentario de Maurice parece más que pertinente en este momento. Estábamos en una clase de yoga y entre una postura y otra, me dice:

“El cuerpo es el vehículo del ser-en-el-mundo ... el cuerpo expresa a cada momento las modalidades de la existencia ... el cuerpo es el sujeto de la percepción ... el mundo no es un objeto, es el campo de nuestra experiencia”
(Merleau-Ponty, 1993).

Asombrosamente mi cuerpo no aparece en las etnografías pero como dice Maurice, es el vehículo del ser-en-el-mundo y sobre esto hay bastante camino para recorrer. Un cuerpo

con y por el que sentir, oler, tocar. Un cuerpo con el que realizar el trabajo pero que no se manifiesta en el trabajo. Qué paradójico!

TIEMPOS MÍTICOS. SUJETOS-CUERPOS.TEXTOS

Volvamos un poco a las primeras experiencias etnográficas y a los “*tiempos míticos*” para reflexionar sobre esta vivencia sensorial y corporal.

Siempre que fui a realizar un trabajo me presenté, dije quién era y por qué estaba allí. No se bien por qué, pero realmente nunca intenté hacerme pasar por un miembro más de un grupo u ocultar los motivos por los que me encontraba en un lugar. Creo que si me resultó y aún resulta en ocasiones difícil estar y hacer un trabajo de campo diciendo y explicando los motivos que me conducen a ese sitio, deduzco que sostener una historia como nativa sería más que desgastante. Tal vez, también ha influido el hecho de que nunca haya resultado un obstáculo el haber dicho quién era. No recuerdo situaciones en las que no se me permitiera estar, participar, conocer o preguntar. Sí hubo preguntas que no me respondieron o negativas para participar en alguna reunión en particular. Pero hasta en las instancias en que voy a hacer trabajo de campo a una misa o un grupo de oración, donde por supuesto no todos los participantes saben quién soy y qué estoy haciendo allí, siento una buena recepción y trato por parte de la gente.

En general, mi participación nunca tuvo esa pretensión que Geertz señala como tan típica de la disciplina en cuanto al mito del investigador de campo camaleónico, mimetizado a la perfección en sus ambientes exóticos, como un milagro andante de empatía, tacto, paciencia y cosmopolitismo. No, yo nunca quise mimetizarme con nada, en realidad en muchas situaciones fue la distancia lo que caracterizó mi estar. Especialmente en aquellos primeros años, en que cuando aparecían las sensaciones novedosas, me iba. Una presencia entonces corporal y sensorial bastante mediatizada por los aspectos más racionales y por cumplir con la premisa de una ‘buena metodología’ que sigue las recetas y no tanto la fluidez, espontaneidad y espacio para los sentidos. Ni hablar de que esto apareciera en los trabajos, me explico, no? Pero sigamos para ver a dónde puedo llegar.

Al terminar con la experiencia del templo evangélico, comencé con aquella idea por conocer lo exótico, lo distante, lo lejano espacial y temporalmente. Un día decidí irme para Formosa, donde, según había estado averiguando, aún se podían encontrar ‘grupos indígenas’. Sí, como aquellos de los que había leído en distintos textos durante la cursada de materias. Para entonces ya tenía hecha las tres cuartas partes de mi carrera, por lo que creí que la ‘metodología etnográfica’ no presentaría problemas. También creí poder realizar una etnografía como si tal cosa, como si se tratara sólo de herramientas de análisis. A la manera de lo que indica Krotz,

“el viaje antropológico ensanchó los horizontes cognitivos, imaginativos, espaciales y sociales” (Krotz, 1988:24)”

Y precisamente es eso lo que el viaje hizo pero en mí. Descubrí también que no sólo hay que irse a un lugar ‘exótico’ y ‘lejano’ para que pase todo esto. En realidad es necesario permitirse el asombro y la libertad interior para que comiencen a fluir los sentidos y sentimientos y en conexión con el entorno generen perspectivas y percepciones diferentes en los distintos tiempos y espacios.

Retomando la cuestión de reexaminar las categorías del antropólogo, en verdad no sólo las categorías sino el ‘ser antropólogo’, para aquel momento de mi carrera la típica pregunta señalada por Geertz respecto a cómo se alcanza el conocimiento antropológico del modo en que piensan, sienten y perciben los nativos, pregunta casi obligada para todos, por lo menos en algún momento de nuestra práctica, había hecho huella en mí. Aún no tenía la menor idea sobre cómo realizar esto. Pero bueno, ese todavía parecía ser el objetivo. Y con eso partí a Formosa. Y por eso aquello de querer estar, participar, hablar y el resto de las ‘herramientas metodológicas’ para hacer una etnografía.

Dice Geertz,

“El etnógrafo no percibe, y en mi opinión difícilmente puede hacerlo, lo que perciben sus informantes. Lo que este percibe, y de forma bastante incierta, es lo que ellos perciben ‘de’, o por medio ‘de’ o ‘a través de’ ...” (Geertz, 1983:76).

En aquella ocasión yo leí esto de Geertz pero realmente el recuerdo que tengo de la comprensión de estas líneas no es la misma que hoy. Y la manera precisamente de percibir de, o por medio de, o a través de, es el cuerpo y las sensaciones. Aquello mismo que ya en 1897 Durkheim sugería como punto de partida: tomar en cuenta las sensaciones para aproximarse a los caracteres exteriores del objeto de estudio y luego llegar a los más profundos, aunque según el autor ya no sería por medio y a través de dichas sensaciones sino aspectos más ‘objetivos’ y ‘científicos’, explicitados por él en su método.

Bueno, volviendo al tema, es como que actualmente esas ideas expuestas por Geertz tienen no sólo una forma sino también un contenido en mi práctica. Tienen un ‘sentido’ para mí, son significativas. He podido reconocerlas y encontrarme en ellas. No sé si esto es claro, pero es precisamente una sensación, un darme cuenta que se produjo recientemente. Ahora es claro que resulta más que imprescindible considerarse totalmente como sujeto. Ahora es claro cuán ambicioso puede ser pensar en pretender captar y percibir lo que perciben ‘los informantes’. Más bien creo que de lo que se trata es de compartir, experimentar e interactuar las diferentes subjetividades con que contamos en un determinado momento y ver de qué manera sucede la comunicación y percepción del otro, los otros, las situaciones, los hechos o lo que fuera.

Hace poco leí un trabajo de Bateson, *Naven*, que realmente me sorprendió. Seis décadas atrás él reflexionaba sobre *la tecnología del ser de la disciplina y la academia*. Esto puede sonar muy general pero es la sensación que tuve al leer el texto. Me sorprendió su propuesta para escribir su propio trabajo, lo que decía sobre éste y sobre él como cientista. La noción de explicación que emplea fue más que instigante para mí,

“formas en que pueden encajarse los datos entre sí ... los científicos hacen encajar el rompecabezas ... ordenan los datos ... “ (Bateson, 1958).

Y eso es lo que sentí que hice durante un tiempo, tratar de que ‘encajaran’ los datos, armar como un rompecabezas, ordenar datos. Y a eso me refiero con ‘formas’ porque ... ¿y los contenidos? Para ese entonces algo estaba faltándome. Algo que no era poca cosa. Propongo seguir escribiendo y recorriendo mi camino para ir descubriendo cómo es que fueron llenándose y conformándose esas formas. Como dijo alguien a quien conocí en esta viaje,

“los etnógrafos exploran a través de ellos mismos las vidas de otros” (Wright, 1993).

Y es en ese viaje compartido que podemos, de diferentes maneras, aprehender los mundos propios y los ajenos.

TIEMPO. ESPACIO. HISTORIAS

Continuando con mi viaje a Formosa, el hecho de ir a hacer ‘trabajo de campo con aborígenes’ era como lo máximo en cuanto a antropología. Parecía que estaban reunidos todos los requisitos: lugar lejano, solitario en cierto sentido así como exótico también en cierto sentido, con grupos sociales que por mucho habían sido el prototipo de la etnografía. Yo realmente lo que quería era tener esa experiencia de ir para aquellos lugares. Y junto a mi mochila, el grabador y mi libreta de campo, también cargué mis miedos, incertidumbres, ganas y otras emociones. El viaje fue un descubrimiento en muchos sentidos. Algunos podré señalarlos, otros todavía no han terminado de emerger y están aquellos que prefiero queden para mí.

El trabajo de campo implica un viaje bastante solitario. En mi opinión, una parte importante de una etnografía es una práctica solitaria. Leer, escribir y el propio trabajo de campo son instancias, tiempos y espacios de estar solos, aunque se trabaje con los ‘otros’ una esta ahí sola haciendo su trabajo. Cuando la etnografía es en un lugar lejano del hogar pareciera que es más obvio el hecho de estar sola pero luego se descubre que hacer trabajo de campo cerca del hogar también implica la misma sensación. Aunque no de la misma manera, cierto, porque acá por la noches aunque tarde, yo vuelvo a casa, está mi cama, mi baño y las cosas cotidianas. En tanto que cuando fui a Formosa, casa estaba lejos. Por las noches mi cama era el piso y mi baño el monte. Lo cual fue todo una novedad para mí porque creí que a los dos días de llegar a Formosa me volvería. Siempre viví en la ciudad y tan sólo pensar que no tendría agua corriente, un baño, estar a la intemperie, en contacto directo con la naturaleza y en un lugar lejano, no sería algo que pudiera aguantar. De cualquier manera deseaba ir y probar. Oh sorpresa !!! Estuve casi un mes y ni la cama, ni el agua ni el baño representaron un problema. No sé bien qué ocurrió, pero hubo nuevas aperturas, cosas que no imaginaba que podían estar en mí.

Crapanzano habla un poco de esto. El dice,

“Muchas veces el etnógrafo olvida que la confrontación con el otro (informante) tiene efectos sobre él. Su ser es alterado. Es otro que el que era. Cuando vuelve a casa a escribir debe reconstituir su ser... El etnógrafo al escribir su etnografía hace algo más que una contribución científica o convencer a los otros de que lo escuchen. El está afirmando su identidad, subjetivando su sentido del ser ... Según Sartre el trabajo de campo puede ser visto como un movimiento de disolución y reconstitución del ser” (Crapanzano, 1977).

Confrontación no sólo con el otro sino con el espacio, con el tiempo y con una misma. Varias reconstituciones emprendí cuando regresé. Una de ellas fue el tema. Descubrí que yo deseaba estudiar no un ‘grupo distante’ sino un ‘grupo próximo’ en cuanto a compartir el mismo espacio, una socialización en común y demás. Que centralmente la experiencia fue lo que más me alentó en ese viaje pero que no quería continuar con eso. En los aspectos más personales e íntimos el descubrir una fuerza interior, el reconocermé un ser con miedos pero que con ellos mismos emprendo lo que deseo, pruebo, busco, investigo. No siempre en el mismo tiempo y espacio puedo captar la dimensión, riqueza y variedad de lo que vivo y experimento. En mí, muchas cosas requieren de tiempo.

Así de a poco fui intentando descubrir cuáles fueron las alteraciones experimentadas. Estar en Formosa fue una sacudida para mí, un gran aprendizaje personal. Como en otras ocasiones, cuando escribí, todo esto no surgió. Qué pena, no?

Para continuar con esta cuestión respecto a hacer trabajo de campo en el mismo lugar donde uno vive y en un lugar ‘lejano’ y ‘diferente’, quisiera considerar a la vez otros aspectos temporo-espaciales.

Mis primeros trabajos estaban como suspendidos en el tiempo y en el espacio en todo sentido, tanto respecto del tema que elegía como de la episteme -en sentido foucaultiano- que yo portaba y mi ser. El tiempo y el espacio no estaban dentro de lo que yo podía pensar. Ni mi tiempo ni el de los otros era un elemento de consideración. No sólo eso, el

tiempo en tanto antecedente histórico tampoco parecía algo relevante. Kroeber, Boas, como tantos otros, señalan que para comprender el presente hay que conocer el pasado, la importancia de conocer no solamente lo que es sino cómo llegó a serlo. Yo apenas podía comprender pequeñas cosas del presente como para querer preguntar por el pasado. Pero a su vez no se me ocurría. Y es bien importante de considerar el proceso histórico sobre cómo se llega por ejemplo a una situación actual de determinado hecho. Pero esto es un descubrimiento más reciente.

Recuerdo cuando realizaba mi Tesis de Licenciatura, mi director siempre insistía en el capítulo sobre la historia. Yo detestaba esa parte, no quería saber nada. Pensaba que él estaba como obsesionado con la historia y a mi no me interesaba. En realidad no se trataba de obsesiones sino de necesidades para poder contextualizar y comprender el presente.

Gran parte de mi trabajo aparecía como una burbuja suspendida en el espacio y tiempo. Me costaba considerar la historia pero también las relaciones que lo que yo estudiaba podía tener con el entorno. Tal fue el caso de la Renovación Carismática Católica, donde escasas veces en mis trabajos la conceptualizaba y consideraba como realmente perteneciente y participe de la Iglesia Católica y su historia.

A su vez, un elemento que no tenía en cuenta era mi tiempo y espacio como ser que realiza un trabajo. Como dicen algunos, la estructura existencial de los etnógrafos está condicionada por los contextos socio-culturales y políticos propios de cada nación (Wright, 1998). Y también la estructura existencial más personal. Por ejemplo, en mi caso los tiempos profesionales fueron un cimbronazo. Como lo mencioné, soy un ser que requiere de tiempo, para lo que sea, pero tiempo. Despacio, tranquila, una cosa por vez. Pero el trabajo no es así. Hay fechas para entregar informes, vencimientos para presentar papers, fechas de congresos, trabajo de campo, todo junto y todo al mismo tiempo. Muchas de esas cosas generan tensión interna, otras placer. Al principio no podía hallarme ni corporal ni internamente en esa situación. Me costaba trabajar y estar con varias cosas a la vez. Esto es, diferentes espacios geográficos de trabajo, con diferentes grupos, actividades, prácticas. Por ejemplo, dar clases en la facultad, escribir un artículo sola en casa y hacer trabajo de campo con católicos carismáticos. Este no ‘hallarme’ me generaba mucha angustia. Al tiempo comencé a cambiar interiormente y se produjo un proceso de readaptación y relocalización en la situación. Fue necesario adquirir nuevas perspectivas, de lo contrario nunca hallaría

‘un lugar en ese mundo’. Ahora estoy localizándome mejor en el espacio y tiempo laboral. Tiempos y espacios entonces que también determinan al etnógrafo y su práctica.

Dice Clifford (1986) que los textos antropológicos no son imparciales sino que surgen de un contexto de institucionalización e inmersos en el sistema mundial. El etnógrafo siempre escribe desde una posición específica por lo que sus observaciones son relativas a las condiciones en que escribe. Estas condiciones de producción también suman en esta cuestión temporo-espacial y es necesario reflexionar sobre ellas en nuestra práctica.

Appadurai (1986), Gupta y Ferguson (1997) entre otros, también se refieren a la importancia y determinación de los lugares desde los que se teoriza y el período histórico en que ello ocurre así como la necesidad de reconocer la influencia de la propia cultura en el investigador. Todo esto tiene que ver no sólo con una cuestión académica sino también con lo existencial del etnógrafo. Por ejemplo, las preguntas que se hacen, la elección de un tema de estudio, las maneras en que se busca comprender y experimentar el mundo, tanto el propio como el de los ‘otros’. En mi caso, al comienzo aquello de la distancia, de huir de lo novedoso, la cantidad de paréntesis que ponía, la mirada ingenua en cuanto a la metodología, las recetas para ‘hacer etnografía’. Y así como está lo nuestro también está lo de los ‘otros’ no sólo los ‘actores’ sino los colegas, directores, academia, instituciones, tiempos locales e internacionales, en fin, tantas cosas ...

Estas cuestiones no fueron percibidas ni tomadas en consideración por mí durante un tiempo, como cuando creía que sólo las respuestas contenidas en un grabador bastaban como datos para hacer un trabajo.

Todo esto influye y determina no sólo la etnografía mientras se está en el campo sino cuando se escribe. En el trabajo de campo uno está situado en un presente, por lo que se torna necesario considerar cuál es la relación con el tiempo. Es decir, cuando yo me aproximo al tiempo pasado de los fieles carismáticos lo hago por las descripciones de ellos en el presente, por lo tanto se trata de un tiempo re-construido por ellos pero no vivido por mí. Incluso lo que nos ocurre temporalmente junto a los ‘otros’ en el campo, cuando escribimos no aparece considerado de la misma manera. Quisiera contar una situación. Una noche fui a la casa de un amigo que celebraba su reciente graduación. Allí conocí a Johannes Fabian, quien hablaba a través de una aproximación histórica, de la emergencia,

transformación y diferenciación de los usos del tiempo como una forma de construir el objeto de nuestra disciplina. El explicaba,

“metodológicamente la antropología habla sobre el involucramiento personal, la prolongada interacción con el otro pero cuando se escriben los resultados de las investigaciones y trabajo de campo, el otro se construye en términos de distancia, espacial y temporal. El otro empírico presente se transforma teóricamente ausente” (Fabian, 1983: XI).

Johannes destacaba que,

“Raramente se considera la naturaleza ideológica de los conceptos temporales con los que efectuamos nuestras teorías y nuestras retóricas ... La noción de tiempo que se use en antropología y en el discurso antropológico es la clave con la cual conceptualizamos la relación nosotros (nuestras construcciones teóricas) y nuestro objeto (el otro) ...” (Fabian, 1983).

Y se preguntaba cómo transformar la etnografía en una práctica capaz de hacer al ‘otro’ presente (Fabian, 1990). No recuerdo si respondió aquella pregunta. Yo aún no encuentro una respuesta, tal vez algún camino sobre el que avanzar. Los otros días pensaba qué interesante podría resultar proponerles a algunos miembros de la Renovación que escriban sobre las mismas cosas que yo pretendo escribir. Por ejemplo qué es y qué se hace en un grupo de oración. La idea sería luego ver qué y cómo escriben ellos y yo sobre eso y tal vez que un trabajo sea el resultado del diálogo entre ambos. O por qué no escribir directamente juntos sobre alguna cuestión.

Aún esto del tiempo todavía está verde en mí. Creo que no terminé de comprender lo que le escuché decir a Johannes respecto de la coetaneidad en el trabajo. Sus palabras están resonando en mi interior. Probablemente requiera de un tiempo.

En cuanto a un espacio geográfico, el mismo puede implicar compartir las mismas condiciones sociales, ambientales y contextuales con los otros con quienes hacemos etnografías. Pero también puede implicar no compartir las mismas condiciones sociales,

ambientales y contextuales. Respecto a la primera cuestión, ahora comprendo lo que tantas veces le había escuchado decir a Krotz en sus clases:

“En cuanto a la antropología que se realiza en un solo país estudiosos y estudiados son resultados de los mismos procesos históricos de orden económico, político y cultural, están sujetos a los mecanismos de enajenación e ideologización, forman parte antes, durante y después de la etapa del viaje antropológico de un mismo tejido social de carácter estatal nacional. Y tiene implicancias subjetivas: en términos globales la socialización específica tiende a producir la idea de la vigencia de una especie de conocimiento a priori de los fenómenos socioculturales de la realidad todavía por estudiar, a ver a los grupos sociales por conocer a modo de segmentos poblacionales idénticos de una misma estructura ya conocida, a convertir el proceso de conocimiento de lo nuevo en el mero re-conocimiento de algo de suyo ya sabido. El viaje antropológico en un solo país contribuye a suprimir el asombro (Krotz, 1988)”.

Empecé a darme cuenta que esto me ocurrió en mi trabajo con la Renovación Carismática Católica. Y podría señalar varias cosas.

Como ya lo mencioné, cuando estuve con los Pilagá, todo parecía asombrarme. El lugar, la gente, lo que hacían, lo que comían, los olores, la vestimenta, los cuerpos, los movimientos, la forma de hablar, el trato entre ellos, los chicos, todo. En especial a mí me interesaba la esfera religiosa. Allá está la Iglesia Evangélica Unida. Yo participaba en sus cultos, que me resultaban muy interesantes. Algo que me sorprendía era la realización de las curaciones, no sólo en los cultos porque en realidad yo presencié varias fuera de ese contexto, en las casas de los que las efectuaban. Llamaba mi atención su creencia respecto de que para curar a un ser enfermo se debía sacar el mal que tenía. Algo aún más sorprendente para mí resultaba la consideración total del individuo y su relación con los demás y con el medio como un camino para comprender por qué el sujeto estaba enfermo. Pero no me ocurrió lo mismo con la Renovación. No me sorprendían ni llamaba la atención muchas cosas. Pero en verdad hay cuestiones bastante semejantes. Probablemente esto pueda ser tema para un trabajo. Pero continuemos con lo que estaba. Con los carismáticos no me ocurría eso del asombro continuo. De hecho, me costaba mucho que espontáneamente surgiera el

asombro. Realmente necesité hacer un trabajo de extrañamiento, exotización de todo, para no dar nada por sentado. Muchas veces descubrí que por eso terminaba trabajando con mis nociones. Tal como lo mencioné, por tradición familiar tengo una formación católica, lo que a su vez dificultó todo este proceso. En realidad fue ante las preguntas de mi director o de algunos comentarios suyos que comencé a darme cuenta de esto. Otra cosa para destacar y considerar es el compartir con los sujetos un espacio conocido, una socialización en una sociedad en común. Espero que algunas referencias ilustren a qué me refiero.

Cuando iba a los espacios donde se reunían los carismáticos, yo no me detenía demasiado a ver y describir una iglesia. Si leo mis notas de campo mientras estaba en Formosa con los Pilagá o en Buenos Aires con los evangélicos, encuentro sendas descripciones y comentarios del espacio arquitectónico y del medio ambiente. Si tomo mis notas de campo con la Renovación, se lee “*se reúnen en la Iglesia*” y tal vez alguna cosa más pero no mucho. Como si eso ya bastara y fuese más que explicativo. Lo mismo que con algunas nociones, por ejemplo quién es María, Jesús, o lo que es rezar el padrenuestro. Nuevamente, esto ha sido algo de lo que me percaté gracias a las observaciones de mi director. Tenía pues el problema de que se trataba de elementos, nociones, categorías que se encontraban tan naturalizadas que no las explicitaba y cuando lo hacía parecían no requerir ser justificadas.

El espacio tiene muchas implicancias. Como lo señalan Gupta y Ferguson (1997) y Appadurai (1986), desde lo más académico e institucional, la importancia de considerar los lugares en la producción de conocimiento. Por ejemplo lo que es escribir un trabajo en y desde Argentina o en y desde Estados Unidos, dónde se publica, quién lo lee y demás. Pero también están las nociones referidas a los lugares/espacios que se consideran para hacer una etnografía. Actualmente puede notarse que hay una deconstrucción de los espacios/sitios etnográficos. En este sentido, autores como De Certeau (1996), señalan que son las prácticas las que dan sentido a los lugares. Así, los ‘lugares’ clásicos en nuestra disciplina, también comienzan a experimentar una relativización y revisión. Como dice Wright (1998), son las prácticas concretas las que crean las regiones etnográficas, así como también son los lugares/regiones los que producen a los sujetos, tanto a los ‘otros’ como al etnógrafo. En el caso de Formosa creí que viajar a un lugar ‘lejano’, ‘exótico’ y ‘solitario’ ya implicaba un espacio ‘apto’ para hacer una etnografía así como también una cierta preparación. El viaje mismo permite que se vaya produciendo aquel viaje interior del antropólogo. De a poco va cambiando el paisaje, la gente, el contexto. De hecho partía con

una mochila, ropa y demás. Vivía en un lugar diferente. Cuando comencé a hacer trabajo de campo en la ciudad donde vivo, donde la distancia es la del viaje en colectivo de 30 minutos y donde muchas veces no logro dejar de pensar en mis cuestiones cotidianas, dificultaba instalarme y localizarme en ese campo y que se produjese aquel viaje interior. Lo que fui descubriendo precisamente es que es la práctica, tal como lo señalan los autores mencionados anteriormente, las que crean las regiones etnográficas. De hecho hace ya unos años que realizo etnografías en lugares no reconocidos tradicionalmente como espacios para dicha práctica. Dentro de la antropología, la temática de la religión es un clásico, pero en las últimas décadas se han comenzado a considerar dentro de la disciplina grupos religiosos en el ámbito urbano. Estudios que se refieren a los adventistas, testigos de Jehová o como en mi caso la Iglesia Católica. En este sentido podría pues hablarse de “*nuevas regiones etnográficas*” y ya no de los clásicos lugares lejanos, exóticos, con aborígenes o grupos marginales y periféricos geográfica y socialmente.

En esto del espacio y el tiempo, una vez más se puede apreciar la enriquecedora y laboriosa función del antropólogo, la de desnaturalizar lo natural.

CON GANAS DE HACER SURF

6 de la mañana. He pasado toda la noche y la madrugada recorriendo algunas etapas por las que transité en mi práctica etnográfica. Es claro que no fue un recorrido ni total ni absolutamente puntilloso. Siento que por ahora ya es suficiente. No hay por qué abarcar todo en un trabajo. No. No hay por qué. Tampoco tiene por qué terminar acá este viaje. No. No tiene por qué.

En mi propia práctica antropológica fui descubriendo la complejidad de lo social. El mundo es complejo y nosotros también. Eso en parte se debe a la rica e interesante diversidad que existe. Aquella primera pretensión mía por encontrar ‘la respuesta’ a ‘la pregunta’ que motivaba mi estudio, resultó ingenua ya que para la confluencia de procesos y dimensiones no basta sólo una respuesta.

¿Cómo se representa la experiencia etnográfica en el texto? ¿Cómo se incorpora el etnógrafo? ¿Cómo se incorpora a los informantes? Son algunos de los interrogantes que me

acompañaran y que en el futuro iré dilucidando durante mi práctica. Marcus y Cushman (1992) se refirieron al hecho de que hacer trabajo de campo es algo muy distinto a representarlo en una etnografía. En el recorrido que he emprendido, esto ha podido apreciarse claramente. La historia siempre se escribe retrospectivamente desde un cierto punto de vista. Hoy escribo desde un lugar que no sé si será el mismo de mañana. Un lugar que me posibilita una mirada diferente de la que tenía en las experiencias pasadas relatadas en este trabajo. La reflexión sobre la práctica etnográfica depende de cómo cada uno sea, esté y pueda en determinado momento. De los otros aprendemos diversas descripciones y experiencias del mundo. De y por los otros recorremos nuestro ser. Otros que algunas veces son como excusas u ocasiones para generar aperturas cognitivas, académicas, sensibles, intelectuales, espirituales.

Días atrás Maurice me decía,

“Percatarse del mundo es realizarlo y realizarlo es percatarse de él ... No hay que preguntarse pues si percibimos verdaderamente un mundo, al contrario hay que decir el mundo es lo que percibimos ... El mundo es el mundo vivido ... Ver ¿no es siempre ver desde alguna parte? ... La perspectiva está determinada por una fenomenología del existir en el mundo” (Merleau-Ponty, 1993).

A lo largo de este tiempo han pasado muchas cosas que precisamente han tenido que ver con la percepción, vivencia y existencia de cada momento en particular. Intentar poner las mismas en palabras y en papel, no implica que efectivamente la vastedad de las emociones y sensaciones hayan podido ser captadas en toda su dimensión. Pero bien valió la pena el intento porque surgieran y quedaran expuestas en este papel. Paul me dijo una noche,

“Usualmente no escribimos lo que queremos escribir ... hay como una idea de que el antropólogo/autor no debe incluirse/entrometerse en el texto etnográfico” (Stoller, 1989).

He aprovechado este trabajo para aparecer. Recorrer un poco mi camino. Los primeros pasos muy ingenuos, con muchas recetas, temerosa de las sensaciones y sentimientos y con

grandes reparos. Estaba, presenciaba, participaba y me involucraba pero hasta ahí. Con el tiempo se fueron produciendo algunas aperturas en los “*textos*”, “*experiencias*”, “*sujetos-cuerpos*”, “*tiempo*”, “*espacio*” y los “*nuevos manuales etnográficos*”. Las distancias y barreras dejaron de ser una constante para convertirse en momentos.

Una vez alguien me pidió que escribiera sobre cuál sería para mí una teoría ideal. No supe qué poner. Hace poco, apareció la idea y necesidad de una “*sensibilidad teórica*”. En eso encontré un camino. Sensibilidad teórica que refiere a una teoría abierta, maleable según el tiempo, espacio y ser-en-el-mundo existente, flexible, donde los sentidos, sentimientos y percepciones ocupan un lugar. Donde siempre está por construirse y realizarse pero nunca completamente armada y terminada.

Los primeros etnógrafos como Boas, Malinowski, Lévi-Strauss, no creían que había que transformarse en los ‘otros’ para poder conocerlos. Pero es cierto que nosotros podemos transformarnos durante la etnografía.

Habría podido observarse que este relato ha resultado una presentación híbrida, donde los títulos refieren a aspectos temáticos de las diferentes unidades del Seminario, pero con inclusión de seres que figuran en otras unidades. Si volvemos a la propuesta inicial, aquella de recorrer de manera vertical y horizontal los cuerpos de la etnografía y del sujeto-etnógrafo, veremos que al igual de lo que muchas veces puede ocurrir en una excavación arqueológica, se presentan y encuentran mezclas, hibridaciones. Los “*nuevos manuales etnográficos*” y las “*experiencias*” han atravesado todos los puntos tratados, por lo que no ha sido necesario ponerlos en cada título porque hubiera caído en continuas repeticiones.

Una suave brisa entra en la habitación. La música ha dejado de sonar. Dirijo mi mirada hacia la ventana. Descubro el mar. Las olas aún no han alcanzado la altura que yo prefiero, pero pronto lo harán. Es tiempo de ir preparando mi tabla. Antes de partir y para ser coherente con el espíritu de este trabajo, no quisiera cerrar esto sino indicar nuevas aperturas. Para ello, Ursula K. Le Guin es un buen inicio,

“la vida es posible sólo a causa de esa permanente e intolerante incertidumbre: no conocer lo que vendrá” (Le Guin, 2000: 83).

BIBLIOGRAFIA

Appadurai, Arjun (1986) "Theory in anthropology: center and periphery". *Comparative studies in society and history*, vol. 28, n°. 2, pp. 356-361.

Bateson, Gregory [1936] (1958) *Naven. A survey of the problems suggested by a composite picture of the culture of a New Guinea tribe drawn from three points of view*, Stanford, California, Stanford University Press.

Boas, Franz (1966) *Kwakiutl Ethnography*, Chicago and London, The University of Chicago Press.

Carvalho, José (1993) "Antropología: saber académico y experiencia iniciática". *Antropológicas*. Nueva Epoca, vol. 5, pp. 75-86.

Castaneda, Carlos [1968] (1992) *Las enseñanzas de don Juan*, México, Fondo de Cultura Económica.

Castaneda, Carlos (1994) *Una realidad aparte*, México, Fondo de Cultura Económica.

Certeau, Michel de (1996) *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México.

Clifford, James y Marcus, George E. (eds). (1991) *Retóricas de la antropología*, Júcar Universidad, Barcelona.

Crapanzano, Vincent (1977) "On the writing of ethnography". *Dialectical Anthropology*, pp. 69-73.

Devereux, George [1967] (1998) *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Siglo XXI, México.

Evans-Prithchard, Edward (1957) [1950] *Antropología social*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Fabian, Johannes (1983) *Time and the other. How anthropology makes its object*, Columbia University Press, New York.

Fabian, Johannes (1990) "Presence and representattion. The other in anthropological writing". *Critical Inquiry*, vol. 16, pp. 753-772.

Geertz, Clifford (1983) "Desde el punto de vista del nativo" en Geertz, Clifford, *Conocimiento Local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Paidós, Barcelona.

Gupta, Akhil y Ferguson James (1997) "Discipline and practice: the 'field' as site, method and location in anthropology" en Gupta, Akhil y Ferguson James (eds.) *Anthropological locations. Boundaries and grounds of a field science*. Berkeley, Los Angeles and London: University of California Press, pp. 1-46.

Kroeber, Alfred (1963) "What Ethnography is" en. Kroeber, Alfred, *An Anthropologists looks at history*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press.

Krotz, Esteban (1988) "Viajeros y antropólogos: aspectos históricos y epistemológicos de la producción de conocimiento". *Nueva Antropología*, vol. 9, n° 33, pp. 17-52.

Le Guin, Ursula K. (2000) *La mano izquierda de la oscuridad*, Barcelona, Minotauro.

Lévi-Strauss, Claude (1958) *Tristes Trópicos*, Eudeba, Buenos Aires.

Malinowski Bronislaw [1922] (1986) *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona, Planeta Agostini.

Marcus, George y Cushman, Dick (1992) "Las etnografías como textos" en Reynoso, Carlos, *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Barcelona, Gedisa.

Merleau-Ponty, Maurice [1945] (1993) *Fenomenología de la percepción*, Buenos Aires, Planeta Agostini.

Signorelli, Amalia (1996) “Antropología de la ventanilla. La atención en oficinas y la crisis de la relación público-privado”. *Alteridades*, vol. 6, n° 11, pp. 27-31.

Stoller, Paul (1989) *The taste of ethnographic things. The senses in anthropology*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

Turner, Victor (1982) “Dramatic ritual/ritual drama: performative and reflexive anthropology” en Ruby, Jay (ed.) *A crack in the mirror. Reflexive perspectives in anthropology*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

Wright, Pablo (1998) “Cuerpos y espacios plurales. Sobre la razón espacial de la práctica etnográfica”, *Serie Antropología*, Departamento de Antropología, Universidade de Brasilia.

Wright, Pablo (inédito). The inquiring subject. *The experience of the world. Explorations in anthropology and existence*.